

Letras

PEDRO-EMILIO

COLL,

EVOCADOR

DE LEONARDO

Durante el pasado año, con motivo del quinto centenario del nacimiento de Leonardo de Vinci, tanto algunas instituciones culturales, como algunas revistas y periódicos, dedicaron diversos trabajos en evocación de la vida y de la asombrosa labor científica y artística del inmortal autor de *La Gioconda* y de *La Última Cena*.

Y hemos visto con agrado que todavía en el presente año han continuado estos homenajes a la gloria del florentino ilustre, el cual parece inagotable tema de siempre nuevas e interesantes investigaciones y comentarios.

Por esta razón, no creemos extemporáneo dedicar un justiciero comentario para evocar el mérito de quien en la cultura venezolana ha sido, a su vez, uno de los evocadores más antiguos, y tal vez el único, que años atrás hizo recuerdo especial de la figura de Leonardo. Tal fue Pedro-Emilio Coll.

Coll había regresado a Caracas el año 1923, después de su segundo viaje a Europa. Durante su corta permanencia aquí, de unos tres años, antes de regresar al extranjero fue invitado en 1925 a pronunciar una conferencia para escritores y

universitarios en la Universidad Central.

No hemos podido averiguar cuál fue el motivo de esa invitación, ni si su conferencia formaba parte de algún ciclo sustentado por diversas figuras de nuestras letras.

Coll, con aquella franqueza y sencillez, salpicada de fino humor, que le era tan característica, empezó declarando que él no era ni orador ni conferencista. Que era sólo un lector, y un aficionado a las letras; y que en realidad cuanto había escrito para el público eran "glosas de lecturas, ya de libros, ya de jeroglíficos y enigmas que la vida teje en la trama confusa de los días".

Explica luego brevemente cómo aceptó la invitación que inopinadamente se le había hecho para lo que llama "esta incoherente plática", y más adelante califica de "desordenada lectura"; pero advierte que ésta tendrá el mérito de ser breve, aun cuando también indica a sus oyentes que el tema que va a desarrollar tiene alguna relación con las disciplinas universitarias.

Y sin más preámbulo entra el conferencista en su exposición. Podría decir que desarrolla el tema en dos partes, perfectamente determinadas y casi deslindadas una de otra en la estructura total del trabajo, aun cuando en íntima relación de tema.

En la primera parte se dicta, a manera de glosa, una enseñanza extraída de un apotegma de Leonardo.

Y en la segunda se traza un boceto de biografía del hijo de Vinci, destacando en él algunas notas que más ejemplarmente pudiesen servir a la juventud universitaria como modelo y estímulo en los azares de la vida.

Vamos a comentar, primeramente, esta segunda parte. Al empezarla el autor se dirige expresamente a los "jóvenes estudiantes y amigos", y les dice que quiere recomendarles que frecuenten el pensamiento y el ejemplo de Leonardo de Vinci, "pintor, arquitecto, escultor, ingeniero, militar, inventor, autor de Tratados de arte, de anatomía, de química, de geometría".

tría, de balística y, en fin, maestro de li-
ra”.

En unos breves párrafos agrupa Coll aquellos datos biográficos en los que, —de acuerdo con su intención educadora— creyó que el gran artista había dictado una lección aprovechable. Citada la fecha de su nacimiento (1), añade enseñada como contraposición, que Leonardo “considerando la certidumbre de su muerte y la incertidumbre de su hora final, como lo declara, hizo testamento un año antes de desaparecer de la mirada de los hombres el 2 de mayo de 1519.”

A continuación se fija en otros pormenores de ese final de la vida del florentino ilustre, y los expone igualmente con la mayor naturalidad, como parte de esa vida ejemplar que ha recomendado al estudio de sus oyentes. A la fecha de su muerte se hallaba Leonardo como pintor del Rey de Francia, en Cloux, cerca de Amboise. Dice Coll: “Luego de confesarse, pidió ser enterrado en la iglesia de Santa Florentina, de esa ciudad”; y luego añade que “en su testamento recomienda su alma a nuestro soberano maestro y señor Dios”, y que “ordena que en sus exequias sean llevadas sesenta antorchas por sesenta pobres, a los que lega una limosna, así como a los de San Lázaro de Amboise y a otros necesitados del lugar.”

Describe luego nuestro ensayista, en breves líneas que amenicen su charla, cómo era el retrato físico de Leonardo, de acuerdo con el que el mismo biografiado trazó con sus propios pinceles. “Su autorretrato de perfil, —dice—, que se conserva en la Biblioteca de Windsor, nos dice de su varonil y serena belleza. Lucenismo, que es el peligro de las inteligen-

(1) No sabemos si por equivocación del autor, o por error de imprenta, la conferencia trae mal la fecha del nacimiento de Leonardo, pues dice 1483, en vez de 1452.

Todas las citas de la misma conferencia que citamos en este artículo están tomadas del libro de Coll “*La Escondida Senda*”, Madrid, 1927, pp. 33-48.

ga: barbas y larga cabellera rubias. Altísima la frente y despejada. La nariz prominente y de suaves alas, sobre la boca fina y casi desnuda de bigote. El ojo, claro y sutil, y todo el rostro de una majestad reposada.”

Se detiene un momento no más, en su rápida incursión biográfica, ante el legajo de más de cinco mil páginas de manuscritos, en las que Leonardo habla de ciencia y de arte, de inventos y de descubrimientos, de teorías artísticas y de originales creaciones del más estudioso ingenio; y de todo ello saca Coll esta concisa reflexión: “Se diría que por todos los medios deseaba expresar el microcosmos de su vida interior.”

Acumula enseñada en un denso párrafo, como ejemplo práctico de la intensa vida activa de aquel genio renacentista, una serie de inventos y experiencias del más variado uso práctico; y nos lo muestra en incansable ejercicio artístico tanto esculpiendo y modelando sus admirables estatuas y monumentos, como al mismo tiempo empuñando los pinceles sublimes que plasmaron *La Cena*, y *La Anunciación* y *La Gioconda*.

Nos guía asimismo por un momento hacia la Biblioteca del artista y nos hace ver la variedad e importancia de las obras y autores allí acumulados.

A un temperamento finamente humorista como el de Coll, no podía menos de agradecerle encontrar en el modelo que estaba biografiando ese mismo sentido humano del humorismo, y por eso al terminar esa ligera visita a los anaqueles de libros del sabio artista, exclama: “En la amplitud de su inteligencia, también comprendía perfectamente que lo festivo y humorístico son elementos de la vida, tan importantes como la austeridad y el dolor.”

Una vez presentadas estas notas más externas y objetivas de la personalidad y de la vida de Leonardo, quisiera Coll poder presentar, como en síntesis, en una definición, lo que fué aquella existencia extraordinaria; pero teme hacerlo porque cree que así la limitaría, ya que, como

apunta, definir, es limitar.

Sin embargo, algo tiene que decir, y lo dice con tino y precisión admirables. Para él, Leonardo "es uno de los extraordinarios arquetipos de la humanidad". Admira en él aquella cultura simultánea y fa-coordinada de todas las potencias y fa-cultades humanas; aquel saber salvar la distinción de ciencia y arte, de realidad y poesía; aquel "comprenderlo todo, sin nada despreciar, ni caer en el escepticismo que es el peligro de las inteligencias demasiado sensibles a las infinitas y contradictorias esencias de la vida, de aquellos que se adormecen en la almoha-da de la duda."

Y ya para cerrar sus rápidas reflexio-nes en torno a esa vida ejemplar del de Vinci, brinda a sus oyentes este hermoso párrafo que debe transcribirse íntegro "Ninguno mejor que Leonardo —dice— para regular las pasiones y sustentar la ecuanimidad indispensable en vuestras profesiones científicas que tanto se rozan con los problemas del espíritu. Lo que le hace más singular y excepcional es, precisamente, que, con obstinado rigor, sometía las complicaciones del su alma, su profusión de conocimientos, ideas y aptitudes al imperio de su razón clara y armonizadora y a su ponderación incomparable. **Hostinato rigore** era su divisa. Con humildad de verdadero sabio recono-cía un orden perfecto en la naturaleza. Con moderación restablecía la unidad en el caos en las apariencias materiales y reprimía los tumultos de su conciencia."

Y termina recordndo, como epígrafe, la invocación que Leonardo dirige en uno de sus escritos a Dios, como Cau-sa Primera y ordenadora de todas las fuerzas del mundo físico.

No nos es posible reconocer con qué actitud escucharía aquel auditorio de universitarios e intelectuales, a un escritor seglar de la altura de Pero-Emilio Coll, que en plena aula universitaria, —en días en los que reinaba en la Central el más orgulloso laicismo y se hacía gala de las más despectivas posiciones incrédulas— presentaba la figura del genial creador de **La Gioconda**, como ejemplar modelo de personalidad intelectual y artista, y la

presentaba precisamente destacando en ella algunas de las manifestaciones más terminantes de su espiritualidad, y de su fe profundamente religiosa.

Pero sin duda Coll, que advertía per-fectamente qué clase de auditorio iba a escucharlo, al preparar su trabajo tuvo el buen acierto de reservar esas reflexiones en torno a los datos más propiamente biográficos de Leonardo, para la segunda parte de la conferencia, que es la que he-mos venido comentando. Y antes de esto, en la primera parte, inició su exposición en una forma como más intelectual y ele-vada, con la exposición filosófica de un apotegma que ha solido correr como origi-nal del artista de Vinci.

El conferencista se coloca a una con su auditorio frente a uno de los manuscritos de la Biblioteca Laurentina de Florencia, y lee esa apotegma conciso y geométrica-mente delineado, y que dice: "**Natural-mente, toda cosa desea conservarse en su esencia.**"

Seguramente que la frase la dejó es-tampada Leonardo en latín. Y aun cuan-do la redacción pudo ser original suya, creemos, en cambio, que la idea no es original sino tomada de las enseñanzas corrientes de la filosofía escolástica.

Sae de ello lo que fuera, Coll se limi-ta a reproducir la frase del manuscrito leonardino, y enseguida pasa a hacer una de aquellas breves meditaciones a las que tan inclinado se sentía siempre y que formaron lo más característico de su producción literaria.

En su meditación observa cómo en efec-to todo el universo al tender a conservar-se en su esencia, parece por ello mismo preferir la estabilidad, el reposo; pero que precisamente de esa tendencia a su conservación, brota la acción por la que se procura la propia defensa.

Y lo que ocurre en general en los se-res todos de la creación, ocurre con espe-cial evidencia en los seres animados en los inteligentes. Y por este camino llega Coll a una serie de observaciones de tipo social, que tienen su adecuada explicación si se parte de la idea expre-

sada por Leonardo en el citado apotegma.

Como final de esa breve meditación, escribe este párrafo que al mismo tiempo cierra la primera parte y la más especulativa de la conferencia: "Afortunadamente, la multiforme y misteriosa naturaleza, con sus propios medios se vale del querer cada cosa mantenerse en su esencia, y, por consiguiente, de su discordia, para poner en movimiento el maravilloso conjunto del universo y hacer la acción ilimitada y eterna."

Y hecha esta como preparación más intelectual, pasó de seguidas a presentar los hechos de la vida del autor de ese apotegma que les acababa de comentar.

Con mucho tino puso, Coll a su conferencia el simple título de "Visita a Leonardo de Vinci", porque en realidad la ocasión no se prestaba sino para una breve presentación y un ratito de charla

jugosa con el maestro ejemplar de amplia y maciza cultura; persuadido, sin embargo, el conferencista, de que unos minutos de visita en contacto espiritual con una personalidad como la de Leonardo, son siempre de innegable y fecundo provecho.

Por lo demás, por propio testimonio de Coll, en el Prólogo inconcluso que dejó para una selección de sus escritos publicada por el Ministerio de Educación con el título de "El Paso Errante", sabemos de su gran admiración y simpatía por la obra de aquel artista que de una pincelada divina trazó, en los labios de su Gioconda, una sonrisa enigmática.

Heños creído oportuno, y de justicia, hacer esta evocación del gesto de alta cultura trazado hace muchos años por Coll, en su conferencia evocadora de la vida ejemplar de artista y de sabio del inmortal Leonardo.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.



SIN COMENTARIO...

Código Penal Venezolano.- Artículo 383: Todo individuo que haya ultrajado el pudor por medio de escritos, dibujos u otros objetos obscenos que, bajo cualquier forma se hubieren hecho, distribuido o expuesto a la vista del público u ofrecido a la venta, será castigado con prisión de tres a seis meses.

Si el delito se hubiere cometido con un fin de lucro la prisión será de seis meses a un año.

A propósito de nuestro Editorial de febrero, en el que hacíamos una llamada cordial a nuestros colegas de la prensa para que limpiaran sus páginas de avisos y grabados obscenos, hemos de señalar complacidos que últimamente se ha notado una notable mejora al respecto, aunque no en todos los diarios. "El Nacional" de Caracas se ha mantenido firme en la publicación de obscenísimos grabados de cabareteras, como se puede comprobar en sus ediciones de febrero 20, 21, 24, 28; marzo 3, 5, 7. . .